

¡Quién lo diría! El gran conquistador asiático tiembla y vacila. De una parte el clima implacable de Alemania le detiene y de otra parte le detiene también la unidad perfecta de los alemanes en su contra. Un castillo húngaro basta en este instante á parar al coloso, á quien no habia podido parar la sombra gigantesca del sacro antiguo Imperio. Sus propios soldados creen ver en los límites de Occidente las legiones de ángeles, que esgrimen sus espadas sangrientas para exterminarlos. Quince mil hombres de la vanguardia turca se encuentran frente á frente de la vanguardia cristiana y caen rotos en mil pedazos. El inmenso ejército, que amenazaba todo el centro de Europa, retrocede por los mismos días y á la misma hora, en que la escuadra turca, frente á frente del insigne almirante Doria, se hunde en las aguas, para que el luminoso Mediterráneo no pueda ser jamás podrido lago de los harenes de Constantinopla, cual pretendían los sultanes. La retirada se verifica y la Alemania queda libre. Hay todavía historiadores, que achacan á falta de prevision clara en Lutero su política irreconciliable con los turcos. Desconocimiento grande, en verdad, de la naturaleza humana. Si Lutero hubiese sostenido al Imperio mahometano por odio al Imperio católico, enajenarse de seguro la voluntad y el pensamiento de Alemania. Distinguiendo la política de la religion, entregando la obediencia en lo temporal á Carlos V mientras le negaba el acatamiento espiritual, mostróse á la altura de su ministerio y salvó la causa que defendía. Un libro entero consagró á la guerra de los turcos. Por medio de cartas innumerables sostuvo á los príncipes alemanes en el proyecto de la cruzada para defender á Viena y recabar á Hungría. «No puedo callarme, decia; por desgracia existen predicadores entre nosotros, que imbuyen al pueblo una glacial indiferencia hácia la guerra de los turcos. Y aun los hay extravagantes al extremo de creer que su fe impide á los cristianos el recurrir á las armas. No falta quien, tomando á los alemanes por bestias incorregibles, desean verlos en manos de los turcos. Todas estas locuras se imputan á Lutero y al Evangelio como hace tres años la guerra de los campesinos y en general todas las calamidades de este mundo. Urge escribir, pues, tanto para confundir á los calumniadores como para esclarecer las conciencias.» Y despues, cuando supo la retirada de Viena, exclamó: «En verdad, Dios ha combatido por nosotros.»

CAPÍTULO VIII

DESAPARICION DE LAS GRANDES ENTIDADES SOCIALES CUANDO HAN CUMPLIDO SUS DESTINOS HISTÓRICOS

La liga de Esmalkalden anuncia la victoria del Protestantismo; y la victoria del Protestantismo anuncia la desaparicion de Lutero. En cuanto el destino histórico de este hombre, señalado por predestinaciones providenciales á fines extraordinarios, se ha cumplido, su personalidad desaparece de los horizontes del tiempo, como una de esas nubes que se han derretido en lluvia sobre la tierra ó que se han disipado en vapores por los aires. El monje oscuro, que tiritaba con el frio de la fiebre palúdica en las campiñas italianas, asombrado, él, que pasara su infancia pidiendo limosna, del esplendor de Roma; católico exaltado hasta rayar en místico; penitente solitario hasta rayar en cenobita; el día que los vientos de la tempestad revolucionaria pasaron por su mente y le hicieron erguirse y rebelarse contra Roma, trasformóse en tribuno del pueblo, á cuyo alrededor se congregaban las muchedumbres; en jefe y cabeza de Estados que iban á beber su religion y su política juntamente á los manantiales de aquella clara conciencia; en expugnador del Pontificado y del Imperio, los cuales, bajo sus tiaras y sus coronas, que parecían las cúspides del mundo, temblaron á los ataques de Lutero, fulminante allá en su cátedra de Witemberg; argumentador y agudo allá en su Dieta de Worms; profético allá en su Patmos de Wartburgo; soberbio delante de todos los poderosos de la tierra, cuando sus discípulos redactan la confesion del Protestantismo, como si el espíritu de toda aquella revolucion se hubiera subido exclusivamente á su cabeza. Por tan maravillosa manera congrega en torno suyo legiones de sectarios, conmueve las conciencias, inscribe en sus ejércitos á los príncipes, amenaza al Pontificado y al Imperio, amedrenta á hombres como Carlos V y Clemente VII, pelea en Worms, triunfa en Augsburgo, y funda con la liga de Esmalkalden una confederacion, la cual cambia

por completo las fases de la política y trae una nueva edad y un nuevo espíritu á la historia.

Pero, al llegar aquí, se ha realizado su ministerio político y social, se ha cumplido su destino histórico, y su personalidad altísima comienza tristemente á decaer y pierde aquella brillantez, con la cual deslumbrara en otro tiempo á la conciencia humana. No de otra suerte, los organismos desaparecen á una en el mundo, si no tienen ministerio alguno que desempeñar ni fin alguno que cumplir. Aunque la idea sea distinta de la naturaleza, lo ideal y lo natural son como dos esferas, las cuales, sin confundirse nunca, tienen leyes análogas. La vida de un sér histórico se agota, cuando ha desarrollado plenamente su idea. Existen séres, los cuales viven mas tiempo aun naturalmente del que suelen vivir socialmente. Perdidos ya para la idea que representan; inútiles ya para la sociedad en que viven, todavía quedan en el seno de la naturaleza y todavía respira su vida material, cuando ha concluido por completo su vida intelectual ó social. No fué así Lutero: despues que divulgó su idea en Worms, despues que la formuló en Augsburgo, despues que la organizó en la liga de Esmalkalden, ya no podía, no, hacer cosa alguna, y estaba cumplido el fin para que Dios le habia suscitado á la vida. En la tarde del Gólgota, en la horrible agonía del Salvador, cuando sus miembros desgarrados pendian de la cruz y su cabeza herida se inclinaba destilando sangre sobre el pecho: en medio de las tinieblas que velaban el cielo y al fulgor de los relámpagos siniestros que culebreaban en los aires, lanzó un último suspiro y mirando al horizonte dijo: «Todo está consumado.» Los hombres tienen su calvario en la tierra y en la vida su pasión cruenta y terrible; los hombres pasan por las mismas angustias y por los mismos dolores; los hombres al volver los ojos en su postrer momento hácia lo pasado, pueden coronarlo con el *Consumatum est*, que Cristo pronunciara en el postrimer estertor de la postrimer agonía. Lutero, muy especialmente, en esta hora solemne; cuando el turco se retira, y la Alemania vence, y la conciencia surge, y la revolución llega por completo á su madurez, desaparece del mundo, como esos actores que ya no tienen papel ninguno en complicado drama.

Pero no desaparece, sino despues de haber consumido los últimos días de su vida en una gran tristeza. La mayor de las desgracias, que pueden probar

á un hombre ¡ah! es la desgracia de ver como sus ideas se exageran y se corrompen por los que mas deber tienen de sustentarlas, por sus sectarios y discípulos. En la guerra de los campesinos sintió ya Lutero este dolor terrible. Mas entonces el reformador se hallaba en la flor de su vida, cuando sonrien los horizontes inundados de esperanzas, y la sangre calorosa convida con sus hervores al combate. ¡Ah! En el tercio último de su existencia sintió doble amargura por la predicacion de los anabaptistas. Eran los profetas de estos sectarios una especie de locos, los cuales predicaban la doctrina de la comunidad de mujeres y de la comunidad de bienes al mismo tiempo que el advenimiento de una Jerusalem celestial y de un Cristianismo nuevo, entre ataques epilépticos del cuerpo y febriles delirios del alma. El mas célebre de todos ellos, aunque algunos otros le precedieran y le acompañaran, resulta en los anales de la historia el sastre Juan de Leyden. Rodeado de epilépticos, que le proclaman revelador y profeta, improvisa un trono cubierto con áureos brocados, se rodea de una corte compuesta de jóvenes, viste insignias imperiales á guisa de un Cárlo-Magno, prescribe que el cetro y la espada conducidos á su lado le acompañen por dó quier, expulsa, despues de una vision magnética y de un discurso incoherente, á los que no piensan lo que él piensa en la ciudad de Munster; y funda un fugaz pero fuerte y despótico Imperio, el cual espanta en verdad á toda Alemania, no solo con su poder, sino tambien con sus demencias. A una señal suya, las puertas de los templos, por donde habian entrado tantos creyentes, se caen; los tubos de los órganos, por donde habian surgido tantas melodías angélicas, se derriten; las estatuas y los cuadros se acaban en las hogueras; las reliquias desaparecen en las cloacas; los altares se truecan en lechos de prostitucion; y todas las familias, que no quieren compartir estas creencias ó celebrar estas orgías, salen de la ciudad, sin poderse llevar ninguno de los objetos de su pertenencia, como si fueran un pueblo entero de desterrados y de malditos. Imposible quedarse allí sin obedecer las órdenes del profeta é imposible dejar de llevarle, obediéndolas, todo cuanto era de propiedad particular, al triste acervo de su exaltado comunismo. Así veíanse por las calles mesas donde todos los ciudadanos comían una misma comida, relevándose los que debían servir de criados por rigoroso turno. Así las mujeres pasaban de los brazos de unos á los brazos de otros

ciudadanos, rotas las ligaduras del matrimonio y perdidos los arreboles del pudor. El obispo de la ciudad, que pertenecía de suyo á la clase de aquellos obispos alemanes, tan prontos á bendecir como á pelear; á subir al púlpito como á subir al caballo; á sostener la hostia como á sostener la espada y á ceñirse el pectoral como á ceñirse el peto; armó un ejército y lo condujo á la vista de Munster, en cuyos alrededores planteó un sitio en regla con todas las precauciones que pudiera tomar el general mas consumado. Desde aquel punto y hora todo fué horror en la ciudad. Diezmaba el hambre á sus habitantes que, al morir, despedían la peste de sus cuerpos putrefactos; comían los supervivientes la carne de los animales mas inmundos. Algunos destrozaron los cuerpos de los niños y se repartieron los destrozos; otros, llegaron al extremo de comer la carne de los cadáveres despues de desenterrados. El terror fué tanto que los ciudadanos se auxiliaban unos á otros á bien morir. Vióse con horror á uno de ellos, subido en un caballo blanco semejante al descrito por el Apocalipsis, sonando la trompeta del Juicio para llamar á los muertos; y aunque los muertos continuaran mudos en su eterno reposo, los vivos creyeron que el cielo se les venía sobre las cabezas y que les faltaba la tierra bajo las plantas. Los cañones del obispo estrellaban su metralla en los muros; y la ciudad atribulada quizá no se hubiera rendido jamás, de no haberla entregado al sitiador una vil traicion. Aquellos dementes anabaptistas, aun vendidos y traicionados, se portaron como héroes y murieron mártires sublimes de su extravagante demencia. Rendido y preso Juan de Leyden, díjole al obispo que le conservara la vida, y lo recluyera en una caja de hierro, enseñándole á florin por entrada, en la seguridad de que podria con el producto de semejante espectáculo atender á todos los gastos de su feudo y pagar todas sus deudas. Pero los obispos de aquel férreo tiempo, ni aun por deseo de lucro podían abandonar la crueldad propia de su feudal soberanía. Un cadalso elevadísimo se alzó en el sitio donde antes se alzara el trono de Leyden; un verdugo, con tenazas ardientes en las manos, arrancó al profeta de los huesos quebrantados, la carne á pedazos humeantes. Su terrible suplicio duró una hora, hasta que otro verdugo, mas compasivo, le segó la cabeza y lo arrancó al dolor, como solían los bárbaros déspotas del Asia. Cuanto de él quedaba fué colocado en las alturas del campanario de San Lamberto, á fin

de que sirviese para todos de enseñanza y de ejemplo. ¡Oh! Hasta los ánimos mas imparciales achacaban á Lutero y á su doctrina de la vocacion y de la profecía individuales toda esta horrible tragedia, que amargó por completo el último tercio de su tormentosa existencia.

A estos acerbos sinsabores unióse la cuestion gravísima del concilio. El Papa Clemente VII acababa de morir, sucediéndole en el trono pontificio el papa Paulo III. Este varon, de ánimo entero y de inteligencia elevada, condenaba con toda su alma la política incierta de su predecesor, y queria la reunion de un Concilio, contra cuyas decisiones, como provinientes de la Iglesia universal, no tuviese poder alguno la voz aislada de Lutero. Dos grandes aflicciones probaban á este en hora de tal solemnidad. Primera, la promesa dada de asistir á un Concilio, promesa que le era imposible revocar, en aquella hora tremenda; y despues la vacilacion de Melanchton, que deseoso de intentar los últimos medios conducentes á conciliarse con la Iglesia, incitaba el ánimo de Lutero á una sumision al Concilio. Nada mas utópico. La Iglesia nueva estaba constituida, los Estados protestantes hechos, los bienes eclesiásticos devorados y consumidos, la revolucion acabada, las órdenes monásticas disueltas, los matrimonios de los clérigos ya consumados, el símbolo de la nueva fe escrito, la idea revolucionaria organizada, y por lo tanto resultaba inútil toda tentativa de conciliacion é ineficacísimo todo proyecto de paz. Pero, aunque el reformador echaba en sus coloquios y cartas á broma las conferencias tenidas con los Nuncios de Paulo III y las promesas dadas, no era por eso menos cierto que el proyecto de un Concilio le desasosegaba y le traía frecuentemente á mal traer, distrayéndole de sus gravísimos trabajos y apenándole con profundísima pena. A esto se unió la célebre apostasía del duque Erico de Brunswick, el cual en otro tiempo, consolara á Lutero con sus palabras y le sostuviera con sus consejos, al salir de la Dieta de Worms quebrantado y sudoroso, como un héroe que acaba de dar una batalla. Bien es cierto que los príncipes protestantes castigaron al apóstata hasta derribarlo del trono; pero tambien es cierto que aquella apostasía increíble amargó, y con grande amargura, los últimos años de Lutero.

Mas, el dolor de los dolores fué para él ciertamente la bigamia del Landgrave de Hesse, activo mantenedor de la Reforma. Contemos este gravísimo